

Gestión democrática: una década desvirtuada

En los últimos diez años se ha producido un claro y paulatino retroceso en el asociacionismo de base (asociaciones de barrio, grupos de jóvenes, Asociaciones de madres y padres,...). Al comienzo de la década de los noventa actuaban con fuerza haciendo real la participación democrática en los ámbitos en que estas organizaciones de base trabajaban, sus aportaciones y alternativas eran tenidas en cuenta por las administraciones y sus éxitos favorecían la continuidad de los movimientos.

El retroceso ha venido condicionado por varios factores:

-La progresiva afiliación de los elementos más activos a partidos políticos y orga-

En esta línea los grupos más críticos con los sistemas políticos europeos en la década de los ochenta (Verdes alemanes, radicales italianos, ...) han entrado a formar parte del juego de los repartos de poder de la vieja Europa.

Este devenir ha ido apoderándose, también, del desarrollo de la participación de toda la comunidad Educativa en la gestión autónoma de los centros preconizada por la LOGSE. Las fórmulas de participación que se abrían, a través de los Consejos Escolares para las Asociaciones de Madres y Padres, para los representantes del alumnado y de los Ayuntamientos, ofrecían posibilidades auténticas de participación en la gestión democrática de los centros.

Así, la misma atonía que caracteriza a la vida pública se ha ido infiltrando en los Consejos Escolares, inoperantes, amputados en su capacidad de decisión, con una representación de cada uno de los sectores implicados desigual, se han convertido en una entidad superestructural de gestión burocrática que cumple con los trámites de forma rutinaria, aprobación de las programaciones anuales, aprobación de actividades extraescolares, y otras faenas similares.

Los usos sociales impuestos por un sistema económico salvajemente neoliberal han hecho que las AMPAS busquen en la escuela pública más que una enseñanza de calidad un lugar donde sus hijos puedan pasar la



nizaciones sindicales mayoritarias ha domesticado los movimientos.

-El poder instalado ha ido derivando, como no podía ser de otra forma, hacia comportamientos cada vez menos afines con la democracia participativa y popular de los primeros años.

-La democracia delegada, sin mecanismos de control o crítica, se ha apoderado de una vida política que los ciudadanos dejan de lado. Toda participación consiste en depositar un voto en la urna cada cuatro años.

-También los medios de comunicación de masas asociados siempre con grupos de enorme poder económico han contribuido a esta inercia desmovilizadora.

La realidad es bien diferente, escasa participación del alumnado, poco poder de decisión de las asociaciones representativas de los padres y madres, originado en una distribución simbólica de la participación; poco interés por parte de los Ayuntamientos por enviar representantes a las reuniones, pero, sobre todo, ninguna evidencia concreta de la ensalzada autonomía de los centros. Las decisiones de los Consejos Escolares sobre temas importantes (escolarización, resolución de conflictos, organización de la vida en el centro, etc.) han chocado siempre con las instrucciones dimanadas de instancias superiores (Direcciones provinciales, inspección...). No ha habido tal autonomía.

mayor parte de su vida ya que sus padres y madres están la mayor parte de su vida fuera de casa, en el trabajo. Ya se ha estudiado en países que nos llevan alguna delantera en esto del neoliberalismo (EEUU, por ejemplo) el fenómeno de los niños-llave. Desde muy pequeños son recogidos por el bus escolar a primera hora de la mañana en su casa, llevan la llave de acceso a la vivienda en el cuello; después de la jornada escolar, el comedor, las actividades complementarias, etc., son depositados por el bus en la puerta a última hora de la tarde, entran con la llave a su casa, a la que aún no han retornado sus padres y esperan su regreso, muchas veces ya dormidos en el sofá del cuarto de estar (american way of live). Esta función asignada

a la escuela por imperativos socioeconómicos choca frontalmente, en la enseñanza primaria, con la vieja lucha por la jornada continua de los profesionales de la educación.

Por otra parte, la representación estudiantil es tratada, cuando asisten a las reuniones, de forma paternalista y con los oídos cerrados, además se les ofrece la posibilidad de una participación democrática en las decisiones del centro y luego, en sus clases, esos usos democráticos no se aplican de igual forma. Los Ayuntamientos huyen de sus responsabilidades porque están acosados por dificultades económicas y los Consejos Escolares siempre acaban por pedirles algo.

Los profesores electos como representantes en el Consejo suelen quejarse del alargamiento de su jornada cada vez que son convocados y rara vez su participación va acompañada de una reunión previa y otra posterior en el Claustro al que representan, ¡demasiadas reuniones!

La participación auténtica es aquella que se basa en principios democráticos auténticos, que no busca la creación de estructuras vacías, sino el intercambio vivo y activo entre todos los actuantes en la Comunidad Educativa, que no hace un uso demagógico del término que luego no ha de aplicar en su conducta cotidiana.

Urge clarificar las funciones de la educación pública, urge recordar y poner en práctica algunos importantes aspectos de la LOGSE olvidados y desactivados como éste de la gestión autónoma y democrática de los centros, o aquel otro de la elaboración del Proyecto Educativo de Centro consensuado y aprobado por todos los miembros de la Comunidad Educativa y vividamente real, en cuanto a que sus contenidos dan a la cotidianeidad de los centros.



en un
responsabilidad
realidad
na que
re en

Urge desenmascarar todas y cada una de las estructuras que con nombres tan altisonantes como: Consejo Escolar del Estado, Pacto por la Educación, Consejos Escolares Autonómicos, etc. convierten día a día la esperanza de una participación democrática auténtica en un intrincado laberinto de intereses de grupo donde los resultados prácticos brillan por su ausencia.

Urge que las asociaciones de padres revisen sus modos de acción y comiencen a exigir algo más que comedores escolares y actividades extraescolares de la escuela pública.

Tenemos un arduo camino que recorrer y, desde nuestra manera de ver las cosas de la educación, se trata de caminar contra corriente. Creo que tenemos una obligación moral y sindical de hacer frente a la atonía, a la inercia, al vacío participativo, llenando de contenidos alternativos los ámbitos educativos donde la participación auténtica sea posible. No debemos permitir el deterioro progresivo en el que, tanto los partidos pretendidamente progresistas como los de supuesto centro que han ocupado sucesivamente el Gobierno, quieren sumir la participación ciudadana auténtica en la gestión democrática de nuestra sociedad y por tanto de los Centros Educativos. ▲

